

La mujer del domingo



Quest'opera è stata tradotta grazie con il contributo del Centro per il libro e la lettura del Ministero de Cultura italiano.
Esta obra ha sido traducida con la ayuda del Centro del Libro y la Lectura del Ministerio de Cultura italiano.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *La donna della domenica*

En cubierta: © Alamy Stock Photo

© Arnoldo Mondadori Editore S.p.A., Milán, 1972

© Mondadori Libri S.p.A., Milán, 2022

© De la traducción, Natalia Zarco

© Ediciones Siruela, S. A., 2024

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19942-30-2

Depósito legal: M-3.770-2024

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Fruttero & Lucentini

LA MUJER DEL DOMINGO

Traducción del italiano
Natalia Zarco

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Los «créditos de cabecera»

Entre los personajes de esta novela —ninguno de los cuales se corresponde, obviamente, con la realidad—, figuran:

El inspector jefe de Turín, el subinspector, el comisario Santamaría (con tareas especiales); la señora Anna Carla Dosio y familia; Massimo Campi, Bona di San**, etc. (de la alta sociedad turinesa); los comisarios De Palma y Magliano, los sargentos Pasquale y Nicosia, etc. (de la Patrulla Móvil); el señor Riviera, el matrimonio Botta, la señorita Fogliato y la señora Ripamonti, etc. (del Ayuntamiento de Turín).

Y además:

El señor Federico Simoni (de la Olivetti & Co. de Ivrea); el ingeniero Fontana (de la Dosio S.p.A.); el ingeniero Rino Costamagna (de la Fiat); el arquitecto Lamberto Garrone (el muerto); las condesas G. y C. Piovano (en decadencia); la señora Tabusso (en decadencia); el abogado Arlorio y el juez Mazza Marengo (jubilado); el profesor Felice Bonetto (americanista); los hermanos Zavattaro (marmolistas); Gianni Tasso (peluquero de señoras); el aparejador Bauchiero (de vía Mazzini); el señor Vollero (de vía Maria Vittoria).

Los autores son:

Fruttero, Carlo, de 45 años, nacido en Turín y ahí residente;

y

Lucentini, Franco, de 50 años, nacido en Roma y ahí residente en Turín (ver páginas 46-47).

La acción dura seis días y diez capítulos:

- I. El martes de junio en que
- II. Una florecilla, pensó Anna Carla (miércoles por la mañana)
- III. En el lateral, ocho operarios (miércoles por la tarde)
- IV. Santamaría entró de puntillas (miércoles por la noche)
- V. En ese momento, a pocos metros del portal (jueves por la mañana)
- VI. Los locales de la galería (jueves tarde, noche y madrugada)
- VII. Una hora antes de que sonara el despertador (viernes)
- VIII. — *This* — dijo el americanista (sábado por la mañana)
- IX. La ley, pensó el comisario (sábado por la tarde)
- X. La idea se le ocurrió al comisario el domingo

Hasta aquí hemos citado respetuosamente los textos de la cubierta de la primera edición de La mujer del domingo.

Cualquier coincidencia con hechos reales o personas que existan de verdad debe considerarse fruto del azar.

El martes de junio en que

El martes de junio en que fue asesinado, el arquitecto Garro-ne miró la hora muchas veces. Había empezado abriendo los ojos en la oscuridad cerrada de su habitación, donde la ventana bien tapada no dejaba entrar ni el más mínimo rayo de luz. Mientras su mano, torpe por la impaciencia, recorría la espiral del cable buscando el interruptor, el arquitecto se sintió preso de un miedo irracional a que fuera tardísimo, a que la hora de la llamada de teléfono hubiera pasado ya. Pero no eran siquiera las nueve, vio con estupor; para él, que normalmente dormía hasta las diez o más, era un claro síntoma de nerviosismo, de aprensión.

Calma, se dijo.

Su madre, que lo oyó levantarse, fue automáticamente a prepararle el café; y él, después de un buen baño que venía necesitando desde hacía tiempo, se entretuvo afeitándose con meticulosa lentitud. Le quedaban cuatro horas por delante que entretener.

Quedaban tres cuando salió de casa después de haber rozado con los labios la sien de su madre; otra media hora la gastó alargando deliberadamente el recorrido hasta la parada y después esperando el tranvía, que a media mañana pasaba a intervalos largos.

Como era de esperar, el reloj eléctrico del vagón estaba estropeado: a lo largo de la vía Cibrario, la plaza Statuto y luego toda la vía Garibaldi, las agujas no se habían movido de las 15:20. Disgustado por ese pequeño pero significativo indicio

de decadencia municipal, el arquitecto Garrone no se movió hacia la salida. Además, tenía el carnet de inválido y podía bajar por delante. Bajó por delante. El tranvía se desvió a causa de unas obras y partió hacia una parada que no era de su recorrido, en dirección a Porta Palazzo.

—¡Señorita, cuidado con el agujero! —dijo el arquitecto.

Había ya subido al estrecho paso de tablonos que permitía la circulación de transeúntes por la vía XX Settembre, y le estaba indicando a dos muchachas con aire de forasteras, que habían bajado del mismo tranvía, un socavón entre las tablas de la pasarela. No son sicilianas. Calabresas, o quizá lucanas, juzgó. Una de sus habilidades era que sabía reconocer incluso de espaldas —de hecho, sonrió complacido, sobre todo de espaldas— la procedencia exacta de los sureños. Las siguió durante un trecho, elástico y ágil, avisándolas a media voz de los peligros de la ciudad, después siguió hacia la plaza Castello. Antes de entrar en el café se paró a mirar las corbatas de verano que había en el escaparate de la camisería.

—Seis mil —observó escandalizado, volviéndose hacia un joven con un vestuario vagamente militar, con libros bajo el brazo, que también estaba mirando—. ¡El jornal de un trabajador!

—Cuánto disparate, cuánto disparate, Liliana mía —le dijo después a la cajera del café, al entrar.

—Buenos días, arquitecto —le dijo la cajera, abúlica, sin dejar de leer el periódico.

El arquitecto miró el reloj octogonal encima del mostrador, lo comparó con el suyo —un Patek Philippe de oro que había sido de su padre— y se frotó las manos con satisfacción. La hora se acercaba, y esta vez estaba completamente seguro, esta vez el instinto le decía que todo saldría según lo previsto. Se dirigió a la segunda sala del café y se sentó a una mesita en una esquina junto a las vidrieras amarillas y azules del ventanal.

No había otros clientes. En todo caso, cerca de los servicios, había una cabina telefónica de madera oscura en la que

se podía hablar a salvo de orejas indiscretas. Y además, la llamada tampoco iba a ser muy larga. La fase de preparación estaba casi superada. Ahora era solo cuestión de...

— ¡Ah! — exclamó al ver de repente a su lado al camarero calvo sin haberlo oído llegar—. Lo de siempre, Alfonsino. Y el periódico, por favor.

Lo importante, pensó mojando en el capuchino el segundo brioche, era saber esperar. Otra de sus habilidades. Todo termina por llegar si se sabe esperar. *Self-control*, la gran regla de los ingleses. Y si por casualidad, como podía suceder al ser humano, uno caía preso, ya cerca de la meta, de la tensión, de una inquietud insoportable, bueno, era necesario saber contenerla, esconderla. Hacerse desear, hacerse esperar, ese era el secreto.

Apretó con fuerza el puño sobre la mesa. Tenía que llamar él, entre mediodía y la una, eso era lo acordado; y él — decidió — llamaría a la una menos cinco, no antes. O quizá más tarde, si acaso, a la una y diez, a la una y veinte... El tiempo también jugaba a su favor.

Miró de nuevo el reloj y empezó a hojear *La Stampa*, como hacía casi todas las mañanas en el café. Turín: mínima 19, máxima 28. Lo mismo que en Reggio Calabria, constató con imparcialidad, y el verano aún no había empezado. Examinó con atención las «Graciosas bañistas alemanas en Alasio» que el diario presentaba bisemanalmente, variando solo el nombre de la playa, desde mayo a septiembre.

Muslos largos, pero nada especial, juzgó. En la página de espectáculos, sin embargo, descubrió con placer que en el cine Le Arti, para el que había conseguido una entrada de regalo, ponían todavía la obra de arte franco-nigeriana *La sferza*. Volvió a las páginas de sucesos para profundizar en los detalles del escuálido asesinato de una nuera a manos de un viejo de ochenta y cuatro años, en Sommariva Bosco. Otro hecho: «Atropellada en el paseo Principe Oddone con el niño en brazos». Los niños no le interesaban, así que dobló el pe-

riódico, lo soltó sobre el mármol de la mesita, entre las migas de brioche, y después consultó, irresistiblemente, el reloj. Miró la puerta entreabierta de la cabina telefónica, donde el aparato brillaba siniestro en la penumbra. Ninguna prisa, se dijo, ninguna precipitación. Había sido su gran paciencia y no otra cosa la que lo había llevado tan cerca del éxito.

—Cristo —murmuró—, Cristo.

Los minutos no pasaban nunca, era imposible quedarse quieto. Se levantó despacio, prudentemente, como si le costara arrastrar sus cincuenta y dos años de vida. Pero apenas los puso en pie ya no se entretuvo más, los empujó, los espoleó hacia la cabina, los encerró entre las cuatro paredes de vieja madera agrietada.

Una luz mortecina se encendió sobre su cabeza y en aquel céreo resplandor, apresado en aquel ataúd vertical, el arquitecto Garrone sacó febrilmente del bolsillo un puñado de calderilla, encontró una ficha y marcó el número de su destino.

2

Soy joven —quiso listar Anna Carla—, soy inteligente, soy rica. Tengo un marido perfecto (como yo, dicen). Caigo simpática a todos, me visto bien, no tengo problemas de peso, no tengo problemas sexuales... Citó también otras tres o cuatro cosas al azar: la estupenda bandeja de plata ideada por un diseñador milanés que había comprado la semana anterior; la valiosa ternura del tío Emanuele; la llegada de los primeros días de calor... Pero, naturalmente, no servía para nada, era como si te estuviera respondiendo una de esas redactoras de *Consejos para ella* de las revistas femeninas. Palabras. Musgos abstractos bajo los cuales la piedra seguía intacta, dolorosamente concreta.

—Hoy doble dosis —dijo con determinación Vittorio, el marido perfecto. Se echó en la palma de la mano dos pastillas

violetas del primer frasco y dos naranjas del segundo, después cogió de la estupenda bandeja de plata el vaso de agua mineral sin gas—. La tarde va a ser muy pesada.

Bebió, tragó, se echó atrás en la butaca. Anna Carla se dispuso a echarle al descafeinado una pizca de azúcar.

Soy la mujer de un capitalista, hijo de capitalistas y nieto de capitalistas —trató de pensar en sentido inverso—, estoy cargada de costumbres y prejuicios burgueses y carezco de toda conciencia social y política. No me interesan las tristes condiciones de los presos, de los internos en manicomios, de los enfermos y de los países subdesarrollados, y a los chinos, para ser sincera, me los imagino siempre con las manos metidas en las mangas de una túnica con dragones bordados. No tengo talentos ni capacidades, no sabría pintar telas para decoración (como María Pía), o inventar adornos de hojalata (como Dedè), ni ganar un torneo de golf o de *bridge* (como ninguna de mis amigas, pero al menos ellas lo intentan), y si pusiera una tienda o una galería de arte quebraría en menos de dos meses. Mi vida es vacía, inútil y frívola.

—Mínimo dos horas con el consejo de dirección —dijo el capitalista con la sufrida voz que tenían, en esos tiempos, todos los capitalistas—, y Dios sabe lo que tendré que oír esta vez, pedirán un picadero para la fábrica, al lado del campo deportivo. Luego tenemos una inspección del ayuntamiento por esa historia de la contaminación, y para rematar llega otro grupo de alemanes, o suecos o daneses, que quieren ver las nuevas instalaciones. A veces uno se pregunta...

Pero no se lo preguntó, movió su café y se lo tomó a pequeños sorbos sospechosos.

No, pensó Anna Carla, invencible, tampoco la autocrítica sirve de nada, son solo palabras, del todo insuficientes para quitarle el sueño. El sueño —y lo admitió con un violento arranque de rabia— en realidad se lo quitaba Massimo, él era la piedra en el estómago, era él quien la obligaba a esos ridículos altibajos de ama de casa insatisfecha. Un tostón, eso es lo

que era el querido Massimo. Y tendría que decírselo, tenía el deber de decírselo, con dulzura, con tristeza, por su bien, ¿sabes en lo que te estás convirtiendo, Massimo? ¿Sabes en qué te has convertido? En un tostón.

—Puede ser también —dijo Vittorio soltando la taza— que tenga que ir a cenar con ellos...

—¿Con quién?

—Pues con esos papanatas, claro. Esperemos al menos que... —Se calla al notar la mirada de Anna Carla fija en la taza vacía—. ¿Está todo bien?

Anna Carla levantó la mirada: —Perdona —dijo—, no te estaba escuchando.

—Ah, pues entonces es grave —respondió Vittorio—. ¿Es grave?

—No, no..., qué va. Es solo que... Es decir...

La entrada de Benito, de nuevo sin guantes y con el cuello de la chaqueta desabrochado, le ahorró una explicación más extensa.

—Nada, que no los soporto, ni a él ni a ella —dijo cuando el criado se retiró consiguiendo que la poca porcelana sobre la bandeja hiciera el mismo ruido que las cocinas de un palacio—. ¿Los oyes? —añadió señalando a la puerta, que naturalmente se había dejado abierta y a través de la cual, desde la lejana cocina, un grito salvaje de María y un gutural exabrupto de Benito anunciaban el principio de otra de las discusiones del matrimonio.

—Ya, ya, sí, no son precisamente ideales estos dos —dijo Vittorio haciendo un esfuerzo por participar—. Por otra parte... ¡Anda! Pero si son las dos pasadas...

De repente, había perdido, como ella esperaba, todo interés por sus problemas. Se levantó, se guardó en el bolsillo los dos frascos medicinales (la última novedad en protectores del hígado) y le dio un beso apresurado.

—¿Me disculpas? Entonces, si cenó fuera te llamo.

—Muy bien.

Pobre Vittorio. Si había algo que lo deprimía de verdad, aparte de las comidas de negocios y sus males más o menos imaginarios, era encontrarse metido en el irresoluble problema del servicio.

Se levantó también ella y se quedó un momento mirando a su alrededor, indecisa, descubriendo mecánicamente otros errores del criado: una de las alfombras arrugada bajo el pie de una butaca, el agua turbia que a todas luces no se había cambiado en los dos jarrones de tulipanes sobre la chimenea, y un juguete de Francesca abandonado en un rincón. Cierto, pero de eso debía haberse ocupado la niñera. Massimo le habría replicado que... Bueno, no sabía qué le habría replicado, pero seguro que algo se le habría ocurrido...

Anna Carla, resignada, se dirigió a su habitación. Si aquel tostón creía que le iba a quitar el sueño con sus miserables agujijones es que no la conocía. De acuerdo, la noche anterior no había dormido muy bien, pero ahora recuperaría, y después, con la mente descansada, le escribiría lo que pensaba de él... Se desvistió con un par de bruscos movimientos y se acostó con aire marcial.

Más tarde, después de ducharse, se encontró con el cuaderno de papel carta abandonado sobre las rodillas y la punta de la estilográfica entre los dientes, observando el trapecio de polvo que el sol dibujaba bajo la pequeña cómoda a la izquierda del sofá. Sin barrer desde hacía mínimo tres días. Era increíble —se asombró por enésima vez—, la rabia y la furia primigenia que Benito y María, dos personas de las que a duras penas recordaba el apellido, le encendían dentro. Aunque así había sido también con otras parejas (aunque no era consuelo), procedentes de Cerdeña o de las Marcas, de España, de Madagascar, todas dotadas de ese poder transitorio y demoniaco sobre quienes los tenían a su servicio. Tampoco era consuelo que a sus amigas les sucediese lo mismo, o que otros perfectos desconocidos (como el obsceno Garrone, por ejemplo) tuvieran un poder análogo...